

El testigo del café



el punto de que nada le faltó para que se descompusiese con estrépito de muelles, cuando el cronista, con su pluma de colegial que mojaba en un tinterito de sirvienta, escribía, sin levantar la cabeza, cuatro, cinco o seis artículos de antología.

Reloj de novios melancólicos que le miran a él antes de mirarse a los ojos, de burgueses aburridos que le consultan entre bostezos, de jóvenes existencialistas al borde de la neurosis, de escritores famosos que no le consultan porque la hora de la impaciencia ya les ha sonado, y de los que quieren serlo cuanto antes. Y del "dandy" fracasado en 1930, desflechado, sucio y lleno de frío, que se queda en la puerta y pasea su mirada disimulada y tierna por el ámbito del café, buscando la voluntad protectora de un amigo.

Este reloj marca la millonaria fortuna de las horas perdidas y también de las horas ganadas. Siempre en él es demasiado pronto o demasiado tarde. En las entrevistas amorosas, otoñales y casi prohibidas, sus minutos son más cortos, y cada uno de ellos da la sensación de que abre una puerta peligrosa desde la cual alguien vigila. Son minutos en que la garganta pasa mal el sorbo de café, al revés de otras mañanas alegres en que se espera la visita que viene a traernos dinero o buenas noticias.

Nadie presenció jamás el momento de que el mecánico le reparase o le diese cuerda. Este reloj es quizá como aquel matador de toros, viejo y digno, que alardeaba de una falsa fortaleza juvenil, paseando por las calles de Sevilla con la cabeza erguida y los músculos en tensión, casi con un gesto de desafío físico, y del cual todo Sevilla sabía que se ocultaba en los portales para descansar, apenas había cruzado una calle.

Las agujas de este reloj marcan las cuatro estaciones del año, y casi la hora exacta en que empiezan a caer las tópicas hojas del otoño o los también tópicos copos de nieve del invierno.

Nadie sabe cuántos años tiene, ni nadie se lo pregunta tampoco. El sigue su ritmo ininterrumpidamente, paseando como un anciano por la plaza de su esfera, recinto nostálgico de sus horas de triunfo y de fracaso.

Porque cree quizá que la vida es una continua nostalgia.

Marino GOMEZ-SANTOS

(Foto Basabe.)

DESDE su cielo de madera, este reloj, testigo indiferente del café, sol ondulado cargado de viejos oros que no centellean, quizá para no hacerse notar, preside nuestra vida literaria.

Un reloj de café es algo intemporal. Este marca las ocho como podría marcar otra hora cualquiera de un calendario isabelino, o de la noche de un Madrid de zarzuela que se miraba en un espejito roto para arreglarse el mantón de Manila.

Un reloj intemporal es algo desesperante. No sabemos si se ha vuelto loco y en su duermevela mecánica marca las ocho de una semana cualquiera, de un diciembre en que espera ver entrar en el café, para sentarse bajo su esfera, como entonces, a Julio Romero de Torres, a cuyos elegantes pies dormía un galgo. Porque como las personas que han tenido mucha historia, los objetos tienen una vejez llena de confusiónismo y de anacronismo. Este reloj vió con sus doce ojos numerados, a través del "monocle" de su esfera, cómo

los del indio Rubén se clavaban en los suyos. Los hermanos Machado le miraron también para consultarle. Galdós se sentó precisamente frente a él para verle mejor, algunas mañanas y algunas noches de aventuras misteriosas.

Este reloj se asomó curioso y a la vez escéptico a las complicadas cuartillas de Jardiel Poncela, a aquel gracioso "collage" en que intervenía tanto la tñta como la goma de pegar, para fijar las ideas teatrales. Y también durante muchos años, este reloj marcó las diez en punto de la mañana en que la puerta giratoria nos traía el ejemplo profesional y humano de Cesar González-Ruano, que entraba aún soñoliento con sus cuartillas. Alguna mañana se llenó de espanto nuestro reloj, hasta

